da con sus oficiales: no fué así. Les mandó esperar fuera, y solo, sin armas, alta la frente, impasible, como la primera vez lo vimos, avanzó entre filas desde la empalizada hasta nuestra choza. Nuestros soldados, á quienes de Morin en los ratos de ocio había enseñado algunos rudimentos de ejercicio, presentaron armas, mientras que nuestros tambores Nubios intentaban tocar llamada, como yo había intentado enseñarles.

Sobre nuestra choza ondeaba la bandera francesa: creimos poder enarbolarla en tan solemne momento, y nuestros queridos colores nacionales, que en tanto tiempo no habíamos visto, aceleraban nuestros corazones. No me atrevo á asegurar que, á la vista de aquel pedazo de tela flotando al viento y saludándonos en nombre de la lejana patria, alguno de nosotros no hava enjugado una lágrima. Como un recuerdo al nacimiento de la señora de Guéran y de sus primeras afecciones, como una condescendencia también hacia la señora Poles, el pendón británico se levantaba junto al nuestro, si bien Delange, encargado de estas disposiciones decorativas, se había compuesto de modo que nuestros colores nacionales ocultaban los de la Inglaterra.

Permitido es, cuando se está tan lejos de la patria y ninguna susceptibilidad se hiere, dar el mejor puesto á la bandera de su país.

El monarca africano llegaba ante nuestra choza: salió de Morin y tendiéndole la mano, le invitó á entrar en nuestra casa.

XXXXX

En realidad, si Mounza es el más grande monarca de estas regiones, es también el más civilizado de todos los salvajes: se ha sentado en un banco, y sin manifestar demasiada curiosidad, observa los objetos reunidos para ocuparle y distraerle. Cuando su atención se fija en un reloj, una brújula, un anteojo, un instrumento ó un arma cualquiera, Delange toma el objeto y aproximándose al rey procura, con ayuda de Nassar, explicarle el mecanismo y hacerle comprender el uso. No obstante, y debemos confesarlo, escucha á nuestro intérprete distraidamente: su mirada, en lugar de encaminarse á las cosas, se fija tal vez demasiado en las personas. La señora de Guéran es notoriamente su principal objetivo. Dueño de sí lo bastante para no contemplarla cara á cara, continúa dirigiéndola, como ayer, miradas rápidas y oblicuas.

No podemos ocultárnoslo: la belleza de nuestra rubia compañera ha causado una gran impresión en el africano monarca. No obstante su rudeza, tiene sin duda el instinto, si no el sentimiento de la forma: comprende que aquel rostro, aquellos cabellos, aquellas ma-

nos, aquel talle, son superiores á cuantos le rodean y ha visto nunca; está maravillado, encantado, y si se atreviera, si su orgullo no se lo impidiese, este pagano se arrojaría ante su nuevo ídolo.

Mil veces hemos comprobado la influencia que la señora de Guéran ejerce sobre los negros, el prestigio que la rodea á sus ojos; pero hasta hoy se trataba de efectos, en cierto modo puramente morales; la respetaban, la veneraban, la idolatraban; mas colocándola tan alta, creyéndola de tal suerte superior á los seres que la rodean; que los negros, sus adoradores, en el sentido antiguo de la palabra, no veían la mujer en ella. Mounza, por el contrario, parece considerar la criatura terrestre, y en vez de divinizarla, de adorarla con los ojos bajos, la envuelve en sus profanas miradas. Su poder le hace audaz, y en su condición de semidiós, que ve el fondo de las cosas, sabe adónde va, y no toma en serio la fábula de las diosas.

A nosotros nos causan alguna inquietud esas tendencias del ánimo del soberano; por de pronto nos hacen de él un aliado, un amigo; á ellos debemos el bienestar que nos rodea y la benevolencia que se nos demuestra, no obstante, el choque del día anterior; pero de sobra sabemos que los negros en general, y sus reyes en particular, no son de gustos puramente contemplativos. El amor tranquilo, reservado y platónico que á veces hallamos entre nosotros, les es desconocido; lo que llamamos hacer la corte á una mujer, no en-

tra en sus costumbres; desdeñan las pequeñas atenciones, no tienen idea del galanteo, y en vez de hacer el oso como nosotros, van ordinariamente rectos á su objeto.

¡Qué sería de nosotros, Dios mío, si Mounza se apasionase de nuestra querida sultana! Y no sería nueva la posición, sino histórica, como prueba la aventura ocurrida á Baker, y que voy á intentar recordar.

Hallábase con su mujer á algunas jornadas del lago Alberto ó Mowoutan, en medio de una nación regida por Kamrasi: la señora Baker, enferma de fiebres, deseaba ardientemente seguir su camino para lograr regiones más sanas: por su parte, Baker creía tocar el fin ansiado tanto tiempo: algunos pasos, algunos esfuerzos más, y las fuentes del Nilo estaban descubiertas. Mas Kamrasi no hacía caso ni de la fiebre que devoraba á la mujer ni de la científica pasión del marido: á pesar de todas sus promesas, sus compromisos retenían siempre al señor y á la señora de Baker en su territorio, y les rehusaba los porteadores, que para continuar su camino necesitaban. Un día, por fin, que Baker le instaba, respondió:

—Te permitiré dejarme, pero sólo en el caso de que dejes tu mujer conmigo.

El viajero inglés, furioso, apuntó con su revólver al rey negro, pero éste exclamó:

—¿Por qué te enfadas? ¿Qué te ofendo pidiéndote tu mujer? Yo te daría cualquiera de las mías si tú me la pidieses, y no creía que menegases la tuya. Ordinariamente yo ofrez-

co lindas esposas á mis huéspedes, y me parecía lo más sencillo hacer un cambio contigo. Pero no me guardes rencor: si mi proposición te disgusta, no te la repetiré.

Cumplió su palabra: mas Kamrasi era más dulce más manejable que el terrible rey de los Mombouttous.

Podríamos, pues, encontrarnos en un callejón sin salida, hasta peligroso, si como empezamos á creer, el monarca africano, con sus ardientes pasiones habituado á satisfacer todos sus caprichos, se siente atraído por la primer mujer blanca que ve y la más preciosa criatura que ha podido soñar.

La señora Poles propone, es cierto, desviar la atención del monarca y llevarla sobre ella; la señora Poles se ofrece en holocausto: llena de abnegación cuando de la salvación común se trata, exclama:

—¡Puesto que ese monstruo necesita una mujer blanca, que me devore y perdone á mi protectora y amiga!

Mounza es demasiado delicado para aceptar tal sacrificio.

Por otra parte, ahora no se trata sino de recibirle de la mejor manera, de excitar su curiosidad, de despertarle cuando se extasía contemplando á la señora de Guéran. De Morin recurrió primeramente á las cerillas fosfóricas: cuando veía al rey demasiado absorto sacaba del bolsillo la fosforera de plata y hacía brillar una pequeña bujía, pero esta operación que entre los otros pueblos negros tanto éxito había tenido, acabó por dejar á Mounza com-

pletamente insensible. De los fósforos pasamos á los refrescos: la última botella de Champagne que nos quedaba entre nuestras provisiones parisienses, salió de su caja y se destapó en honor del rey: la explosión, el salto del corcho, la espuma y las burbujas del vino le causaron alguna impresión, pero momentánea, y sin el menor embarazo, con un notable espíritu imitativo, chocó con los nuestros el vaso de plata que le ofrecimos y bebió su contenido como nos veía hacer.

Entonces, de Morin, decidido à sacarle de su contemplación por todos los medios posibles, cogió su escopeta, apuntó à un magnífico loro que jugueteaba en una cercana palmera y le derribó.

Al oir la detonación, dió el rey un salto atrás, bien justificado por la sorpresa, pero pronto volvió á dominarse, y como su pueblo asustado lanzase horrorosos gritos y amenazara nuestro recinto, corrió á tranquilizarle y mandarle estar quieto.

Al volver hacia nosotros, nuestras banderas, que un soplo de brisa tendía, llamaron su atención: después de mirarlas un instante, llamó á Nassar y le dijo:

—¿Para qué sirven esos trozos de tela? Nassar, por orden nuestra, le explicó lo que significaban las banderas, y que cada nación tiene una distinta.

—Entonces—dijo Mounza—no sois de la misma nación que el otro viajero blanco: su bandera no se parecía á éstas.

Intentamos hacer comprender al rey que el

territorio habitado por los blancos era inmenso y dividido en muchas naciones. Schweinfurth vivía hacia el Este y nosotros al Oeste.

Después Delange, aprovechando la ocasión, dijo á Mounza que debía conocer ya nuestra bandera, puesto que había recibido ya en su corte un blanco de nuestra nación. El rey pareció asombrado, movió la cabeza y pronunció con el aire más ingenuo del mundo, las siguientes palabras, que nos fueron traducidas inmediatamente:

—No, yo no he visto jamás más que un blanco, el Comedor de Hojas, y no usaba esa bandera.

Habían apodado los Mombuttous á Schweinfurth el Comedor de Hojas, porque entretenía sus ocios, como botánico, en coleccionar plantas raras, que creían destinadas á su alimentación.

No obstante su evidente deseo de permanecer más tiempo con nosotros, por orgullo sin duda, Mounza no se atrevió á prolongar la visita: nos dejó, después de lanzar á hurtadillas una larga mirada á la señora de Guéran. Nuestra escolta volvió á presentarle las armas, y nuestros tambores unidos á las trompas de los Mombouttous, le hicieron una salida soberbia, como en el teatro se dice.

Pronto las noticias todas recogidas por Nassar nos convencieron de que el rey mostraba completa buena fe, cuando sostenía no haber recibido blanco alguno después del viajero alemán. El barón de Guéran, pues, como nuestro intérprete suponía, debió atravesar

sin detenerse los estados de Mounza, para llegar directamente á la provincia regida por Degberra: solamente en esta última región podríamos obtener noticias exactas, pero ¿cómo ir á ella sin permiso del rey? ¿Cómo atrevernos á pedirlo, sin enfadar á nuestro huésped, que continuaba colmándonos de obsequios y honrándonos con sus visitas?

¡Ay! Durante estas visitas, cada vez más frecuentes, observábamos con sentimiento profundo que el africano monarca se había sumido en una verdadera pasión por nuestra compañera, y no la permitiría ciertamente alejarse.

No habíamos pensado, lo confieso, en complicaciones de este orden: nos habíamos dicho que los obstáculos materiales del camino, los ataques que pudieran dirigírsenos, la deserción de nuestra escolta, la fatiga, el cansancio, la enfermedad, el hambre, nos impedirían tal vez terminar nuestra empresa, pero nunca nos vino en mientes que el amor de un monarca por nuestra querida Sultana, pudiera detener nuestros pasos.

Habíamos contado con los elementos desencadenados, con las contingencias de todas clases, con los hombres cuya hostilidad era temible, con la Naturaleza, pronta siempre á decir á los audaces: «No irás más allá.» Y sin embargo, no habíamos previsto que las pasiones humanas pueden nacer y estallar del mismo modo bajo el ardiente sol del Africa que en nuestros templados climas.

Mil ecos llegaban á completar nuestras sospechas, aumentando nuestros temores; yaMounza no era, decían, el soberano indolente que se pasaba la vida contemplando sus riquezas, haciéndose admirar por su pueblo, vistiendo raros trajes, bailando ante su corte ó corriendo por la noche de choza en choza de su harem. Hacía grandes preparativos de guerra, acumulaba en su arsenal armas de todas clases, se mostraba de desigual carácter, no podía estar fijo en un punto, tenía arrebatos terribles, y en cuanto á sus mujeres, parecía haberlas condenado á anticipada viudez.

¿Cómo terminará esto? Ninguno de nosotros

se atreve á decirlo.

20 Junio.—Temo que la señora Poles haya hecho alguna de las suyas; mientras escribo estas líneas, viene Nassar á llamarme para correr á su socorro.

XL

Estas notas, my darling, probablemente no os llegarán jamás; es aun posible que después de escribirlas las destruya. Pero puede más que yo; es preciso que os lo confíe: mi corazón desborda; dejad que en el vuestro desahogue.

¿A quién sino á vos me confiaría? ¿Quién

entre mis compañeros de viaje merecería recibir mis secretos? En los señores Periéres, de Morin y Delange, no es posible pensar; no tengo derecho á infligirles ese castigo, á hacerles perder en un instante las ilusiones que aún conservan, diciéndoles bruscamente: «me había equivocado, señores, no os amo.»

En cuanto á la señora de Guéran ¡Ah my dear! bien sabéis cuán peligroso puede ser

confiarse á una rival.

En mi aislamiento, á vos pues es á quien voy á abrir mi pecho, no obstante la distancia que nos separa: si algún día me veo en peligro de muerte, quemaré esta página, discreta depositaria de mi más hondos pensamientos; si por el contrario, consigo el placer de volver á veros, la leeremos juntas y desenvolveré, analizaré para vos, unidas nuestras manos, y confundiéndose nuestras miradas, ideas y sentimientos sumariamente indicados, porque mi pluma sería impotente para definirles.

Empiezo: estamos hoy en el país de los Mombouttuos, en la corte del rey Mounza. Es un hombre de unos treinta y cinco años, en la plenitud de la fuerza y de las pasiones. Su estatura es elevada y elegante; sus facciones soberbias, recuerdan las estatuas de un monarca de la antigua Etiopía; no es un negro, no nos engañemos, es un blanco oscuro.

Su traje, porque lleva traje; me conocéis lo bastante para pensar que no os hablaría de alguno de esos hombres inmodestos que reemplazan los vestidos con el tatuado ó con la boñiga: su traje continuo es de la mayor originalidad.

UNIVERSIDAD DE BUENO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSIDADA
VALENCE DE REVIEW

Lleva cuanto entre nosotros se acostumbra, á excepción de los guantes y el calzado; sí, va

descalzo, lo confieso.

No os apresuréis, querida, á juzgarle mal por este detalle, porque á mí misma me ha acontecido, por consecuencia de una terrible aventura de que os hablaré á nuestro encuentro, andar más de dos millas sin la menor botina, sin la más ligera zapatilla. Pues bien, os aseguro que los pies desnudos nada de feos tienen: durante aquella carrera miraba yo de cuando en cuando á los míos, y admiraba su longitud, su finura, sus graciosos contornos, las rosadas uñas, las venillas azules, preguntándome si no era realmente bárbaro aprisionar tantas preciosidades en groseros cueros, robándolas á toda mirada. Enseñamos las manos, el rostro, el cuello, los brazos, los hombros: ¿por qué negar á nuestros piés iguales ventajas? ¿por qué no han de tener derecho á la libertad y á la luz? Me diréis tal vez que en Londres, entre nuestras brumas, se amoratarían algo: cuestión de costumbre, amiga mía; hoy por hoy no estamos en Londres, y no amorata el frío, os lo aseguro, los pies del rey Mounza.

Es pues, un gran hombre, artísticamente vestido y de elgante continente; además es, y me apresuro á decíroslo, porque sabéis cuán poco me preocupa el lado plástico, además es hombre inteligente, finísimo y, lo que no estorba, un poderoso monarca.

Y sin embargo, querida, Mounza, que nos colma de obsequios, con el que estamos en la

mejor armonía, se niega en absoluto á permitirnos dejar sus estados. ¿Por qué tal capricho? ¿por qué tanto rigor? me preguntaréis. Es muy sencillo: el rey, que no ha visto hasta ahora sino horribles Mombouttas, sin gracia y sin vestidos, cuando se ha encontrado frente á dos mujeres blancas, jóvenes, agradables, bien formadas y mejor compuestas, se ha enamorado de una de ellas; aunque salvaje, tiene corazón como los europeos. Creo que un corazón más inflamable, por el clima.

Mas ¿cuál de las dos blancas es la preferida? ¿A cuál, á la señora de Guéran ó á mí ha ofrecido el bello Paris la manzana?

Tal es la pregunta que naturalmente se ofrece, y que divide nuestra colonia europea.

El señor de Morin, Delange y Periéres, enamorados de mí hace tiempo, como ya sabéis, desean lógicamente que el rey Mounza no sea su rival: así se apresuran con entera buena fe á retirarme del juego y á afirmar que las miradas del monarca se encaminan á la baronesa, que á ella vuelan sus suspiros.

Os veo llegar, my darling; me detenéis con estas palabras: «Puede uno equivocarse en la dirección de un suspiro, pero no es fácil en la de una mirada. Según vos, señora Poles; ¿cuál es el objetivo de las miradas de Mounza?»

Es la señora de Guéran, mi querida amiga, no puedo ocultarlo, y os digo la verdad; me debo sobre todo á mí misma, puesto que estas notas sin duda no os llegarán nunca y están destinadas á aligerar mi corazón.

¿Os acordáis de aquel precioso proverbio

Le Chandelier, escrito por un francés, Alfredo Musset? Le hemos leído mil veces juntas, en nuestras largas noches de invierno, ante una taza de té.

Ya adivináis adónde voy á parar. El monarca, con su notable penetración, con una delicadeza poco común entre los negros, y que debo admirar tanto más, descamina las sospechas, y para no comprometerme, se hace creer enamorado de la señora de Guéran. Es lo más natural.

Tal es la situación, querida mía: el más poderoso monarca del Africa central está apa-

sionado de nuestra mejor amiga.

Tarde ó temprano había de suceder: yo lo esperaba. Pero no podía prever que llegaría á querer retener, no á mí sola, sino también á mis compañeros, nuestra escolta y nuestros porteadores.

¿Tengo yo derecho á detener una caravana, á retardar la liberación del señor de Guéran si está acaso prisionero, á dejar más tiempo en la oscuridad ciertos puntos geográficos que nuestra caminata hacia el Sur iba sin duda á esclarecer?

No, creo que no: y puesto que soy un embarazo, un inconveniente, un peligro para todos, debo oscurecerme, sacrificarme. Iré á buscar al rey, y le diré: «Señor, debéis separar mi destino del de mis amigos; he tenido la desgracia de agradaros, mas no les hagáis responsables de mi falta; no les retengáis más tiempo en vuestros estados. Graves negocios les llaman al Sur, pero pues que no queréis

separaros de mí, ¡que se cumpla mi destino! Seré vuestra prisionera, seré vuestra esclava, llegaré un día á ser vuestra esposa, si algún pastor protestante bendice al paso por el país nuestra unión.»

Sí, mi querida amiga, he aquí lo que le diré, y es imposible que no le convenza, que no devuelva su libertad á mis compañeros. Os oigo exclamar: «¿Y vos, mi pobre Beatrix, qué seríais entre las ochenta mujeres legítimas del rey y sus trescientas ó cuatrocientas mujeres indirectas?»

¡Oh, en cuanto á esto, no os inquietéis! Pronto las haré entrar en razón, y por lo demás, desde que me ama, el monarca las ha, si no despedido definitivamente, por lo menos desterrado de su presencia. Pronto reinaré yo sobre su corazón; tengo una noble misión que cumplir junto á este hombre, todavía algo salvaje, pero que mi amor civilizará. Se avergonzará de sus errores pasados, de su inútil serrallo, de su ociosidad y de la ignorancia en que abandona á sus súbditos: yo quiero que antes de un año sea el padre de su pueblo, que se llame Mounza el bien amado, y que funde en su reino útiles instituciones; ¡tal vez le decida á renunciar el poder absoluto para establecer un gobierno parlamentariol

«Sí, sí, me decís, lo veo, lo conozco: tenéis bastante que hacer en el reino de los Mombouttous; podéis hacer en él grandes y bellas cosas; no estará inactivo vuestro espíritu; pero, ¿qué pasto ofreceréis á vuestro corazón? Mounza os ama, lo reconozco, y todo lo afir-

ma; mas ¿llegaréis vos á amarle, vos tan delicada y tan fina, vacilante siempre que se trataba de escoger, de fijar vuestro fin? ¿Podréis jamás uniros á ese hombre excepcional, tan inculto y de costumbres opuestas á las vuestras?»

¡Basta, amiga mía, basta! Conozco la verdad de vuestras observaciones; pero voy á taparos la boca con una palabra: le amo ya.

Sí, no temo confesármelo á mí misma: la ardiente mirada de Mounza, su perfil arcáico, su desdeñosa sonrisa, me han causado impresión profunda. Su elevada posición, ¿por qué no confesarlo también?; los respetos que le rodean, el culto de que es objeto, también tal vez me han ofuscado. ¿Está nuestro afecto libre nunca de vanidad? Finalmente, su gran amor me ha conmovido; ¿podía ser de otro modo?

Sed indulgente para con vuestra amiga, no la reprochéis su inconstancia, perdonadla y no la acuséis. No me habléis ahora de los señores de Morin, Periéres y Delange: uno tras otro creí amarles, pero ¡qué error, gran Dios! ¡cuán distintas las emociones que me causaban de las que hoy- siento! ¡Cuan léjos todos ellos, más ó menos rubios, con ojos más ó menos azules, con sus movimientos sin majestad, de parecerse... al otro!

Aunque eran tres, no tenía sino escoger entre ellos: tal vez esto sea lo que de ellos me aleja. Sí, mi pensamiento flotaba siempre del uno al otro, estaba irresoluta, corría del uno al otro, sin poder fijarme. Si un día hubiera yo podido

decirme: «He ahí tu preferido, es superior á los demás,» todo hubiera concluído; le pertenecía ya perpétuamente y hubiera rozado á Mounza sin verlo. Pero esos señores se parecen demasiado; sus perfecciones, que todos los días puedo comprobar en ellos, me sumían en un terrible embarazo: por lo menos hoy estoy tranquila.

Cuando digo tranquila, no es del todo exacto: acabo de enviar á Mounza una carta alocución, mas ¿como repetirle de viva voz lo que sólo para vos escribo?

Sabe algunas palabras árabes, que le enseñó Abd-es-Samate, y en cuanto á mí, gracias á mi prodigiosa facilidad, no me es ya absolutamente desconocido el dialecto de los Mombouttous. Pero la turbación, la emoción que sentiré á su presencia, la que él deberá sentir anos dejarán explicar claramente? Y no puedo llevar intérpretes conmigo: hay circunstancias en que un intérprete, en vez de servir, estorba.

Es preciso, indispensable, que, en interés de todos y para fijar mi suerte, hable inmediatamente al rey. ¡Ay! no sé ni cómo llegar hasta él. ¡Vamos, valor! Esta noche le veré; es preciso. Cuando todos duerman, me encaminaré al palacio. Después, sea lo que Dios quiera.

Os abandono, querida amiga, para componerme un poco: no es coquetería; estamos ya lejos de ella Mounza y yo; es deferencia á la majestad real.